

# Utopía y racionalismo

Joaquín Barceló

**A** juicio del autor, es la imaginación —y no la razón— la facultad que define prioritariamente al hombre y lo distingue de los demás animales. La utopía (del griego *u*: sin, *topos*: lugar) es precisamente el producto insigne de la imaginación. A partir de Tomás Moro, este concepto adquirió un valor positivo: el mundo que no existe, pero que debería existir. Pero Barceló se identifica más bien con Leibniz: de todos los mundos posibles, este es indudablemente el mejor. En el presente artículo<sup>1</sup> se analiza la relación existente entre utopía y racionalismo.

• • •

PUESTO QUE MI TEMA SE TITULA "UTOPIA Y RACIONALISMO", y como el racionalismo se vincula, de alguna manera, con el asunto de la razón, debería comenzar por hacer una breve, no sé si llamarla así, confesión o declaración de principios, sin la cual posiblemente sólo lograría confundir todas las cosas; se trata de lo siguiente.

Después de muchos años he llegado a convencerme de que la capacidad o facultad que define prioritariamente al hombre y la que principalmente lo distingue de los restantes animales, no es la razón, como se ha afirmado durante tanto tiempo, sino la imaginación.

Con ello no quiero decir que el hombre no sea racional; naturalmente lo es. Lo que intento decir es que no me extrañaría ni me escandalizaría si se mostrara que muchas especies animales poseen una dosis apreciable de racionalidad; en cambio, creo que tienen mínima o nula imaginación. Por imaginación entiendo, simplemente, la capacidad de representarse lo no dado, sea en el mundo de la sensibilidad o en el mundo de lo inteligible.

En este momento no puedo entrar a referir cómo llegué a esta convicción, ni tampoco dar argumentos para apoyarla, porque ello equivaldría a no referirme suficientemente al problema de la utopía; por eso lo dejo planteado sin ofrecer pruebas. Pero me pareció pertinente decirlo, porque aparentemente habría una vinculación muy estrecha entre el pensamiento utópico y la facultad de la imaginación.

Una utopía esboza siempre un mundo no dado, porque es un mundo inexistente. Ella sería, por tanto, un producto insigne de la imaginación, una suerte de potenciación de la ciencia y del arte en lo que ambos tienen de creativo.

Pero yo deseo referirme ahora no a lo que la utopía tiene de imaginativo, sino a lo que tiene de racional. No quiero examinar su relación con

IV TRIMESTRE 1989

nuestra facultad más alta, sino con la otra, más modesta, la de la razón. Luego, para terminar, haré unas pocas observaciones en torno a la relación entre el pensamiento utópico y ese culto idolátrico de la razón que llamamos racionalismo.

Pero, después de todo, ¿qué es la razón? Etimológicamente la palabra *ratio* procede del verbo *reor*, que significa contar, calcular. En su sentido originario, razón es, por tanto, la cuenta. Contar es una operación, un procedimiento que tiene un punto de partida y un resultado final. Es la operación básica de la aritmética, que consiste en asignar sucesivamente un número a cada uno de los elementos de un conjunto, partiendo desde el uno hasta llegar al número asignado al último de dichos elementos: ahí termina. También contar un cuento es un procedimiento que parte de una situación dada y avanza paso a paso hasta llegar a su desenlace.

Pero entonces, ¿qué es lo que cuenta la razón? Ella no cuenta elementos de un conjunto ni situaciones de una historia real o ficticia, sino que cuenta más bien los pasos sucesivos que la inteligencia debe dar para poder entender un hecho. Son los pasos que conducen a la explicación racional de tal hecho.

Cada uno de estos pasos cristaliza en la forma de un enunciado; en la medida en que estos enunciados valen como explicaciones del hecho en cuestión, reciben también el nombre de razones de él; esto es muy bonito, porque en este punto, para la desesperación de los racionalistas celosos de la univocidad de los términos lógicos, aparece ya el primer gran equívoco inevitable como ocurre en todos los casos de importancia; en efecto, designamos con el término razón no sólo a la facultad con que el espíritu se explica las cosas, sino también a las explicaciones mismas que damos de ellas. "La razón" del hombre descubre las "razones" de las cosas.

Lo primero que habría que decir de la razón en su funcionamiento es que la explicación que ella proporciona consiste en vincular algún hecho particular concreto que se quiere explicar, con algún principio general, universal, de carácter abstracto. La facultad racional consiste precisamente en la capacidad de ver lo universal-abstracto y de colocar bajo su concepto a lo particular que necesita ser explicado. Naturalmente, lo universal puede presentárenos en diversos niveles de abstracción que se ordenan jerárquicamente, subordinándose los más bajos a los más altos.

En segundo lugar, es importante que los diferentes pasos o enunciados de creciente universalidad que establecen este puente entre un hecho particular y el principio universal que en definitiva lo explica, estén sólidamente encadenados entre sí. El vínculo que los une debe exhibir necesidad lógica; la razón se aparece desde este punto de vista, como la capacidad de establecer relaciones lógicas necesarias. Esto, de nuevo, es muy bonito, porque de ello surge una nueva equivocidad. También llamamos razón a una relación matemática entre dos números y aun a aquellos números que se definen como una relación, como una cierta razón o relación entre dos enteros,

los bautizamos como números racionales, así es que no solamente somos nosotros los racionales, sino que algunos números también.

Pero hay un tercer punto que es más fundamental todavía; para que la razón pueda funcionar de manera adecuada es imprescindible que los objetos a que se aplica y con los que trabaja se mantengan invariables; esto es, tanto los hechos particulares que ella intenta explicar como los principios universales que les sirven de explicación y las leyes lógicas que rigen el encadenamiento de los enunciados, deben permanecer fijos; de otra manera sería imposible razonar. Esta fijeza exigida por la razón halla su expresión en los conceptos y definiciones dentro de los cuales queda racionalmente enmarcada la realidad. Puesto que lo real es de suyo cambiante y escurridizo, la razón tiene que comenzar por encerrarlo e inmovilizarlo en la jaula invisible de las definiciones, antes de poner en marcha su operación. Ello hace posible que la razón pueda satisfacer su cometido de explicar los hechos, mostrándolos como obedientemente sometidos a leyes necesarias y universales que no admiten excepciones.

Todo lo que he dicho nos permitirá comprender tal vez que la razón no es más que una herramienta de nuestro pensamiento. Como toda herramienta es útil y acaso indispensable para realizar ciertas tareas, pero nunca deja de estar puesta al servicio de alguna otra función. Ella nos permite transitar desde principios universales abstractos hasta hechos particulares concretos, así como también recorrer el camino inverso, para de este modo explicar los hechos mediante los principios.

Su carácter instrumental se hace evidente. La forma de todo proceso racional se puede expresar mediante una fórmula muy simple: "si..., entonces..."; en los puntos suspensivos se puede introducir cualquier cosa; por ejemplo: si Sócrates es hombre, entonces Sócrates es mortal. Este es el modelo de funcionamiento de la razón teórica, orientada hacia el hallazgo de la verdad. O bien si quieres prolongar tu vida, abstente de beber infusiones de cicuta. Es el modelo de funcionamiento de la razón práctica, que se esfuerza por orientar la acción. En estas proposiciones condicionales el antecedente vale como explicación racional del consecuente. Este carácter instrumental de la razón queda aún en mayor evidencia cuando se considera que cada vez que deseamos hacer algo, la razón práctica tendrá que indicarnos cuáles son los pasos que debemos dar para obtener el fin perseguido. Si quieres edificar una buena casa, entonces contrata primero a un buen arquitecto; si quieres una ciudad, entonces busca ante todo a un buen urbanista; si quieres vivir en un mundo mejor, entonces consíguete un eximio utopista. El arquitecto, el urbanista y el utopista deberán luego poner en funcionamiento su propia razón para encontrar los medios de cumplir satisfactoriamente con sus respectivos contratos.

Todo esto que he dicho hasta aquí acerca de la razón no tiene nada que ver, todavía con los planteamientos racionalistas. Que es una facultad humana, cuyo intento es explicar los hechos particulares, que para este fin subsume lo particular bajo lo universal, que utiliza nexos lógicos para realizar esta operación, que sólo puede trabajar con aquello que se muestra invariable y fijo y en la medida en que se muestre, de este modo, que posee una

---

I / Estudios Públicos No. 35, Santiago de Chile.

dimensión teórica buscadora de la verdad y una dimensión práctica orientadora de la acción, todo ello pertenece al legado tradicional de la filosofía.

El racionalismo, a mi entender, se caracteriza propiamente por añadir a estos enunciados un principio adicional, a saber: que la razón no es únicamente un instrumento con que cuenta el hombre para hallar la verdad y para poder trazar su camino en medio de la maraña de las cosas, sino que es además lo que podríamos llamar la facultad liberadora de lo humano, la facultad por la cual el hombre llega a ser hombre, aquella en cuyo desarrollo y cumplimiento reside la vocación y el destino último del ser humano. En suma, para el racionalismo la razón deja de ser instrumento o medio y se transforma en fin.

¿Y qué tiene que ver todo esto con la utopía? También la noción de utopía es equívoca. Etimológicamente “utopía” significa el no lugar. Un lugar puede ser no lugar por una de dos razones: o bien simplemente porque no hay, o bien, porque no puede haberlo. Que no lo haya, puede no ser sino un hecho contingente, un mero estado circunstancial de las cosas; en tal caso, si la existencia de ese lugar que no hay se muestra como algo deseable y no imposible, entonces la utopía constituye una invitación a crearlo y a darle realidad. En cambio, si no puede haber tal lugar, por ejemplo, por ser contradictorio, entonces no hay nada que hacer con él.

La noción de utopía encierra, entonces, la misma equívocidad que la del sueño. Cuando hablamos de nuestros sueños, nos referimos a veces a nuestras más extremas y acariciadas aspiraciones en las que nos parece que hallaríamos la satisfacción de nuestros deseos más profundos, la plena realización de nuestra existencia. Otras veces en cambio, designamos con esta palabra las imágenes arbitrarias e imposibles que pueblan las horas en que nos sustraemos del mundo real.

Al pensar en utopías, damos invariablemente al término la primera de estas acepciones, es decir, la del mundo que en el hecho no existe, pero que a la vez, al menos en principio, no se muestra como imposible y, por tanto, algunas o muchas personas podrían desear que existiera. Al proceder así, jugamos con una suerte de asimilación mental en que bajo la voz utopía, el no lugar, escuchamos “eutopía”, el buen lugar. Este juego fue iniciado por el mismo Tomás Moro, quien declaró formalmente haber transformado la utopía platónica, es decir, el lugar a donde nadie puede ir, en una eutopía, adonde van los sabios. Desde entonces, la noción de utopía quedó cargada para nosotros con un valor positivo; es el mundo que no existe, pero que debería existir, por lo menos, en el juicio de ciertos intelectuales.

Si un mundo utópico es un mundo inexistente pero deseable y a la vez realizable, es preciso diseñarlo, elaborar un proyecto para su eventual construcción; para hacerlo, necesitamos un instrumento, y el instrumento será, por supuesto, como en todos los casos análogos, la razón. Porque la razón es la facultad de las explicaciones. Las explicaciones asignan causas o razones a los hechos. El mundo en que vivimos está lleno de elementos que nos repugnan en lo más íntimo. En él reinan el egoísmo, la codicia, la vanidad, la miseria, la injusticia, la crueldad, el dolor, el odio. Si podemos explicar estos hechos, es decir, asignarles una causa, bastará diseñar un

mundo en que tales causas no estén presentes para que todos los aspectos negativos hayan desaparecido de ella. Esto en virtud de un principio elemental de la razón: si se suprime la causa, desaparece también el efecto. Y así surge el mundo utópico.

¡Que la propiedad y el dinero producen codicia e injusticia! Ningún problema. Suprimamos la propiedad y el dinero y se acabarán los codiciosos y los injustos. ¡Que la enfermedad produce dolor y muerte! Se suprime la enfermedad. ¡La competencia produce envidias y resentimientos! Que no haya más competencia, y así sucesivamente.

Este procedimiento es claramente racional, el mundo utópico así configurado constituye un sistema de armónico equilibrio para cuyo buen funcionamiento es requisito esencial, sin embargo, que nada se le añada y nada se le quite. En efecto, tan pronto como esto ocurriera, que se añadiera o se quitara algo, se rompería el equilibrio diseñado por la razón y se introduciría un factor de perturbación que nuevamente provocaría un mal funcionamiento del mundo; por consiguiente, el mundo utópico tiene que poseer el rasgo de invariabilidad, de inmovilidad y fijeza propio de todas las construcciones racionales.

Resulta, entonces, que el mundo de la utopía invariable y fijo es esencialmente ahistórico. Esto significa que es diametralmente contrario al modo de ser del hombre. La existencia humana se despliega precisamente en esta dimensión en que todo es siempre nuevo, único e irrepetible, pero su historicidad es negada de plano por el afán utópico, con el carácter definitivo que pretende dar a sus construcciones racionales.

Un mundo utópico es, entonces, un mundo inhumano en el más pleno sentido de la expresión. En efecto, el mundo del hombre es configurado por sus acciones y éstas, por sus decisiones. En la adopción de decisiones, la razón puede desempeñar un papel importante, aun resolutivo, pero de ninguna manera único. También participan en la adopción de decisiones nuestras pasiones y emociones, de las cuales decimos que son irracionales, porque su legalidad no es la de la razón.

En toda decisión interviene, además, de manera determinante un factor altamente contingente y subjetivo que no tiene nada que ver con la objetividad y la necesidad que se presumen propias de la razón. Es el factor de las estimaciones, de las valoraciones humanas. Sobre este punto no puedo entrar en detalles, pero puedo referirme al análisis del razonamiento pragmático que hizo el profesor Jorge Estrella en su libro *Teoría de la Acción*<sup>1A</sup>; en él se niega que la acción humana esté determinada exclusivamente por el conocimiento y por inferencias lógicas de carácter necesario.

Cuando el hombre adopta decisiones, hace pasar su saber racional a través del filtro de sus estimaciones subjetivas contingentes. Así, en la reflexión consciente o inconsciente que remata en la adopción de alguna decisión, han intervenido por lo menos —según Estrella— tres consideraciones valorativas contingentes: que aquello que se pretende hacer o no hacer sea

1A / Jorge Estrella, *Teoría de la Acción: Libertad y Conocimiento*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1987.

deseable, que sea compatible con el sistema de preferencias de los agentes, y que el intento mismo de realizarlo sea valioso.

Toda decisión está, según la expresión de Estrella, herida de contingencia y de incertidumbre, precisamente porque en ella intervienen factores que no tienen carácter racional; por eso mismo, me atrevería a añadir: la acción humana va a ser siempre impredecible para la razón, que es la facultad de las predicciones, puesto que deriva los hechos de las causas que los explican. Y en consecuencia, al ser la acción humana impredecible para la razón, nunca exhibirá la regularidad de los fenómenos naturales, sino que mostrará su peculiar modo de ser histórico que la razón no logra llegar a entender.

¿Y qué ocurre ahora con el afán utópico que es propiamente ya no racional, sino racionalista? Recordemos que el racionalismo considera que el desarrollo de la razón es el fin de la existencia humana; en consecuencia, para alcanzar la plenitud de su ser, el hombre racionalista se ve moralmente obligado a forjarse un mundo que responda a las exigencias de la razón y que sea tal como ella lo ha planificado.

Por consiguiente, la utopía se le presenta al racionalista como un imperativo; esto es algo nuevo. Tomás Moro, que no era un racionalista, y que era, por lo demás, un hombre sumamente equilibrado, concibió su propia utopía como una suerte de *divertimento* o de juego intelectual que no entrañaba ninguna obligación moral. Recordemos solamente que la *Utopía* de Moro es puesta en boca de un tal Hythlodæus, nombre que en griego significa "distribuidor de sinsentidos". También hay algunos críticos benevolentes que sospechan que Platón no tomó demasiado en serio su república utópica. Pero la cosa ya es distinta en Francis Bacon, por ejemplo, que ciertamente tomó en serio la sociedad de sabios que dominan su utopía, justo en un momento de irrupción de racionalismo en el pensamiento europeo.

Si consideramos ahora la utopía marxista de una sociedad sin clases, es evidente que sus partidarios la toman terriblemente en serio, y que tienen por el más alto imperativo moral realizarla y construir su mundo utópico a cualquier costo. Aquí se muestra, a mi juicio, en forma clara, el carácter imperativo de una utopía racionalista. Carácter que, probablemente, es más propio de las utopías modernas, que de las que aparecen entre los años 1600 y 1900, porque la época moderna ha sido más racionalista que otras.

El racionalismo ha hecho de la razón y su desarrollo el fin de la existencia humana. El pensamiento no racionalista no desconoce la utilidad ni los méritos de la razón, pero la trata como lo que es: un instrumento, una herramienta; como al animal de labranza, le da suficiente alimento, le presta los cuidados que necesita y la pone a trabajar, sin caer en la idolatría de los antiguos egipcios, que rendían culto religioso al buey. Además, así como el animal de labranza no está autorizado para pastar en cualquier parte (por ejemplo no se le permite pastar en el jardín ni en el sembrado) a la razón, tampoco hay que permitirle invadir territorios en que no tiene competencia. Esto obedece a que la razón, en cuanto mero instrumento, no tiene la capacidad de proponer fines para la acción humana. Los fines los pone la imaginación, que es la facultad de proponer lo no dado, de crear lo inexistente. La razón tendrá que ponerse luego a trabajar para encontrar los medios de lograr esos fines.

En la primera mitad del siglo XVIII, en la época del furor del racionalismo, Alexander Pope escribía: "por el vasto océano de la vida, navegamos de diversas maneras; la razón es la carta, pero el viento son las pasiones". Creo que la metáfora es útil, pero yo haría en ella una corrección: la imaginación es la carta. El viento son, sin duda, las pasiones y la razón es el timón. La razón tiene que ingeniárselas para navegar en dirección hacia el puerto indicado por la imaginación, cualquiera que sea el sentido en que soplen las pasiones.

Y creo —estas son lecturas muy antiguas— que es de Goya esa frase de "el sueño de la razón engendra monstruos". Puesto que Goya era un hijo de la Ilustración dieciochesca, es probable que con el sueño de la razón él quisiera significar la condición en que la razón deja de estar vigilante. Pero sueños son también nuestras aspiraciones más profundas. Si a la razón se la deja en libertad para soñar, creo que también engendrará monstruos en la forma de utopías inhumanas e imperativas presentadas como obligaciones morales. Pero como conclusión de este planteamiento mío, yo quisiera relatarles una pequeña anécdota de la historia de la filosofía. En el año 1710, Leibniz publicó, en francés por supuesto, sus *Ensayos de Teodicea*. Le preocupaba mucho el problema de cómo era posible que un Dios todopoderoso, absolutamente sabio e infinitamente bueno, hubiera creado un mundo en que dominan indiscutiblemente el mal, el pecado, el dolor, la injusticia, la violencia; es, notémoslo, precisamente el problema de los utopistas. Pero Leibniz tuvo mejor criterio que los utopistas. Después de reflexionar mucho y de escudriñar a fondo la cuestión, declaró que de todos los mundos posibles, este que Dios creó, con todos sus defectos e imperfecciones, es, necesariamente, el mejor.

Por consiguiente, en vez de inventar una nueva utopía, Leibniz prefirió dejar las cosas tal como estaban. Este mundo malo es el mejor de los mundos. Medio siglo más tarde, en 1759, ese *enfant terrible* del pensamiento europeo que fue Voltaire, decidió responderle a Leibniz, que había muerto hacía ya muchos años. Para estos efectos escribió una novela: *Cándido o el Optimismo*. El personaje principal, Cándido, cuyo nombre es transparente, es discípulo del doctor Pangloss, quien le ha enseñado la doctrina leibniziana de que éste es el mejor de los mundos posibles. Naturalmente, a Cándido y a sus amigos les ocurren las más inimaginables desgracias y toda clase de atrocidades. La doctrina del mejor de los mundos parece desbarrancarse espectacularmente; pero, y esto es lo importante, Voltaire tampoco cae en la ingenuidad de querer proponer un mundo mejor que éste. Por el contrario, la conclusión del libro se resume en la última frase de Cándido, quien ya ha aprendido su lección, cuando reunido con sus amigos, en un huerto que había logrado conseguir para cultivarlo, dice: "trabajemos sin razonar, es el único modo de que la vida se haga soportable".

De la misma manera, otra cosa es el hombre americano. Los universitarios, profesores y estudiantes de antropología lo buscan en las cavernas o excavando tumbas o capas geológicas. Se equivocan. Somos un producto nuevo, que descende, ante todo, de europeos emigrados a partir de 1500, que han salido en busca de otra tierra donde sea posible vivir en libertad, donde haya justicia, tal vez con el Dorado de sus encantamientos al fondo. La utopía. Quizás éste ha sido el sueño más antiguo del europeo, y está en el fondo de la naturaleza humana. El héroe civil de la independencia colombiana, Santander, fue desterrado injustamente en 1829, concluida la guerra. Entonces, escribió desde Roma: "Patria es para mí cualquier lugar del mundo donde pueda vivir en libertad y haya justicia". De América hay dos historias, y la más bella y real, la ideal, es la de nuestro realismo mágico de que empezó a hablarse y escribirse en la escuela de Platón, tres siglos antes de Cristo. Se cuenta en ella de una isla llamada Atlántida, donde había la justicia y libertad que en vano buscaban en Atenas. Entonces, se inventó cierta República famosa. Sería en la parte del Atlántico opuesta a lo que llamamos hoy —y es— el Viejo Mundo.

Para cerrar este primer capítulo de nuestra historia ideal, el griego tomó el barro de América y lo arrojó al mar. Es el terremoto que hizo del Atlántico un mar de lodo. De ese barro nos sacó Colón —esa fue su audacia— el 12 de octubre de 1492. Por eso América es el único Continente con fecha de nacimiento. No la tienen Europa, ni Asia, ni África. Pero no menos importante que ese primer viaje es el segundo, cuando en 1493 se embarcan con él mil doscientos, no pocos de ellos definitivos emigrantes —los primeros— con la intención de no regresar nunca a Castilla. Ahí comienza ese dividirse en dos de la familia europea: unos que se vienen, otros que se quedan. Y nace el Nuevo Mundo. Esto es lo que vamos a celebrar. La liberación de los peregrinos. De los que siguieron emigrando en cinco siglos. La fiesta de nuestros padres fugitivos. La de Europa emancipada, que es la de ustedes y es la mía. La de la libertad antevista por Platón.

Fiesta de *todas* las naciones. De españoles, italianos, portugueses, ingleses, escandinavos, polacos, irlandeses... Aquí, en las Américas. Ya no puede decirse sino así, en plural, donde hay que ser anchos y generosos para gentes de toda nación, color o secta. Por algo están aquí las mayorías. Aquí hay más hijos de españoles que en España, de italianos que en Italia, de portugueses que en Portugal... Aquí está la Inglaterra grande, la inmensa Escandinavia, la Polonia multiplicada, la Irlanda sin límites. Madrid cabe diez veces en ciudad de México o Buenos Aires, y holgadamente en Bogotá o Caracas. Y Lisboa en Río o San Pablo. América es enorme y sigue creciendo.

Los que se vinieron no fue para fundar otra España o Inglaterra o Francia sino una Nueva España, Nueva Inglaterra, Nueva Francia... Nueva Amsterdam o Nueva York. El Nuevo Mundo. ¿Qué era eso? ¿Qué sería? La independencia, la democracia, la república.

**Germán Arciniegas**, "América es otra cosa". Fragmento del discurso pronunciado en Nueva York el 25 de octubre de 1989, al recibir el Premio de las Américas.